

Y terminaron el diálogo.

Ernautón se dirigió á su caballo que había dejado atado á un árbol, y desatándole, volvió á montar.

Sainte-Maline no había soltado la brida del suyo.

Ambos tomaron el camino de París, el uno silencioso y sombrío por lo que había oído, el otro por lo que había dicho.

De súbito, Ernautón alargó la mano á Sainte-Maline.

— ¿Queréis que yo trate de curaros? — le dijo.
— Veamos.

— Ni una palabra más, caballero, — respondió Sainte-Maline, — no, no lo intentéis porque nada lograríais. Al contrario, aborrecedme, y ese será el medio de que yo os admire.

— Lo repito, os compadezco, caballero, — dijo Ernautón.

Una hora después, los dos caballeros entraban en el Louvre y se dirigían al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey había salido y no debía volver hasta la noche.

XIII.

El señor de Loignac dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco.

Los dos jóvenes se asomaron á la ventana de sus respectivos aposentos para espiar la llegada del rey, aunque cada uno con pensamientos muy diferentes. Sainte-Maline, entregado completamente á su odio, á su vergüenza y ambición, con el entrecejo fruncido y el corazón ardiendo. Ernautón, sin acordarse ya de lo que había pasado, y preocupado sólo de una cosa, esto es, de quién podía ser aquella mujer que él había introducido en París disfrazada de paje y á quien había vuelto á encontrar en una magnífica litera.

Aquellos dos encuentros ofrecían amplia materia

II.

11
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

de reflexión á un corazón más dispuesto á las aventuras amorosas que á los cálculos de la ambición.

Así, Ernaudón se fué abismando poco á poco en sus reflexiones tan profundamente que, hasta que levantó la cabeza, no percibió que había desaparecido Sainte-Maline.

Una idea le ocurrió: Sainte-Maline, menos preocupado que él, había notado la llegada del rey, y había ido á su aposento.

Retiróse apresuradamente, atravesó la galería y llegó á la puerta de la real cámara, precisamente en el momento en que salía de ella Sainte-Maline.

— Mirad lo que me ha dado el rey, — le dijo Sainte-Maline lleno de gozo, mostrándole una cadena de oro.

— Os doy el parabién, — respondió Ernaudón, sin que su voz revelase la menor emoción.

Y entró á su vez en la estancia del rey.

Sainte-Maline esperaba alguna manifestación de celos por parte del señor de Carmainges, y por consiguiente quedó atónito de aquella calma, aguardando á que Ernaudón saliese.

Este permaneció como unos diez minutos en la

cámara de Enrique, minutos que parecieron siglos á Sainte-Maline.

Salió por fin: Sainte-Maline permanecía en el mismo sitio; examinó á su compañero con una rápida mirada, luego se dilató su corazón, porque Ernaudón no traía ningún regalo, á lo menos que fuese visible.

— Y á vos, caballero, ¿ qué os ha dado el rey ?

— preguntó Sainte-Maline, siguiendo en su idea.

— Su mano á besar, — respondió Ernaudón sonriendo.

Sainte-Maline estrujó su cadena entre sus manos con tal fuerza que rompió un anillo.

Ambos se dirigieron silenciosos á su habitación.

Al entrar en la sala sonó el clarín, y, á ese toque de llamada, salieron los Cuarenta y Cinco de sus respectivos cuartos como salen las abejas de las colmenas.

Todos se preguntaban unos á otros qué era lo que había ocurrido de nuevo, al mismo tiempo que aprovechaban aquel instante de reunión general para admirar el cambio que se había operado en la limpieza y traje de todos los gascones.

Casi todos ostentaban gran lujo, de mal gusto si

se quiere, pero en el cual el esplendor suplía á la elegancia.

Por otra parte, tenían lo que el duque de Epernon deseaba en ellos, á fuer de hábil político, ya que era mal soldado: unos juventud, otros vigor, y otros, en fin, experiencia; y estas ventajas obligaban á olvidar sus demás defectos.

En una palabra, los Cuarenta y Cinco se asemejaban á un cuerpo de oficiales vestidos de gala, siendo su traje militar, con algunas excepciones, el que ellos habían ambicionado.

Largas tizonas, espuelas enormes, retorcidos mostachos, botas y guantes de búfalo, todo cubierto de oro por el bien parecer, como entonces se decía: hé aquí el uniforme que el instinto había inspirado á los más de aquellos caballeros.

Los más discretos se conocían en el color obscuro del traje, los más avaros en la solidez del paño, los vivarachos en las joyas con que se adornaban.

Perducas del Pincorney había encontrado en casa de algún judío una cadena de cobre dorado sumamente gruesa y pesada.

Pertinaz de Montcrabeau era todo él rizos y bordados; había comprado su uniforme á un mercader

de la calle des Haudriettes, que había dado abrigo á un caballero herido por varios ladrones. Dicho caballero, reconocido á tan generosa hospitalidad, dejó á su huésped el uniforme, que era bastante decente: es verdad que tenían dos agujeros que en él habían hecho dos puñaladas, pero Pertinaz los mandó bordar de oro, convirtiendo así una falta en un adorno.

Eustaquio de Miradoux no brillaba, porque había tenido que vestir á Lardille, Militor y los dos niños. La primera había elegido un traje tan rico como lo permitían las leyes suntuarias de la época; Militor estaba cubierto de terciopelo desde la cabeza á los pies, ostentando una toquilla con plumas, y medias de seda bordadas; de modo que sólo quedó al pobre Eustaquio la cantidad precisa para cubrir sus carnes.

En cuanto al señor Chalabre, conservaba aún su ropilla color gris, que un sastre acababa de componer y forrar de nuevo; algunas tiras de terciopelo hábilmente puestas en las costuras más deterioradas hacían más disimulable la vejez de la prenda: el señor de Chalabre decía á todas horas, que su único deseo era hacerse una ropilla nueva;

pero á pesar de sus diligencias, le había sido imposible encontrar mejor paño que el de la suya.

Por lo demás, se había comprado calzones color de amapola, botas, capa y sombrero, todo ello de una perspectiva armónica, como sucede siempre en el traje del avaro.

Respecto á sus armas, nada había que decir; pues, como antiguo guerrero, había sabido procurarse una magnífica espada toledana, una daga turca y una gola excelente.

Aquellos caballeros examinaban mutuamente sus trajes, cuando el señor de Loignac entró en el cuartel frunciendo el entrecejo; mandó formar círculo, y se colocó en medio de él con una arrogancia que nada tenía de satisfactoria para los Cuarenta y Cinco.

Inútil nos parece asegurar que todas las miradas se fijaron en el jefe.

— Señores, — dijo con voz de trueno, — ¿no falta ninguno? ¿Están todos presentes?

— Todos, — contestaron cuarenta y cinco voces en coro perfecto que prometían mucho para la disciplina.

— Caballeros, — prosiguió Loignac, — se os ha

traído aquí para que forméis la guardia particular del rey, título honroso, pero que encierra muchas obligaciones.

Loignac hizo una pausa, y sus primeras palabras fueron acogidas con murmullos de satisfacción.

— Se me figura, sin embargo, — añadió, — que no todos habéis comprendido exactamente la extensión de vuestros deberes, y por lo mismo os los voy á explicar.

Todos escucharon con atención, y era evidente que estaban ansiosos de conocer sus obligaciones, si no dispuestos á cumplirlas.

— No debéis figuraros, caballeros, que él os paga y os mantiene para que os deis á los demonios y repartáis arañazos y estocadas cuando se os antoje; la disciplina es una cosa indispensable entre vosotros, porque sois unos verdaderos diablos, pero esa disciplina ha de ser secreta: además, componéis una reunión brillante de caballeros, y debéis por lo tanto ser los primeros en acatar las leyes del reino.

Los Cuarenta y Cinco no respiraban, y parecía indudable que las consecuencias de la perorata iban á ser muy serias.

— Desde hoy habitaréis en lo interior del pala-

cio del Louvre, es decir, en el mismo laboratorio del gobierno ; de modo que si no asistís á todas las deliberaciones, seréis casi siempre llamados para ejecutar lo que se os mande : por consiguiente os halláis en el caso de los oficiales que no sólo aceptan la responsabilidad de un secreto, sino que obtienen la autoridad del poder ejecutivo.

Otro murmullo de satisfacción recorrió las filas de los gascones, y sus cabezas se levantaron con orgullo como si la vanidad las hubiese hecho crecer muchas pulgadas.

— Supongamos ahora, — prosiguió Loignac, — que uno de dichos oficiales, en cuyo celo descansa muchas veces la seguridad del Estado ó la tranquilidad de la Corona, supongamos, digo, que uno de esos oficiales haga traición al secreto que se le confía, ó que un soldado, á quien se da una consigna, no la ejecute : ¿ sabéis lo que sucede ? Se le condena á muerte.

— En eso no hay duda, — contestaron muchas voces.

— Pues bien, caballeros, — exclamó Loignac con acento terrible, — aquí mismo, hoy, se ha hecho traición á una orden del rey, haciendo tal vez

imposible una medida que S. M. quería tomar.

— El terror comenzó á reemplazar al orgullo y á la admiración : los Cuarenta y Cinco se miraron unos á otros con desconfianza é inquietud.

— Dos de vosotros, caballeros, han sido sorprendidos en la calle disputando como dos viejas y dirigiéndose con encarnizamiento palabras tan graves, que cada una de ellas puede herir á un hombre y aun matarlo.

Sainte-Maline se adelantó al punto hacia el señor de Loignac y le dijo :

— Creo que tengo el honor de hablaros en nombre de mis camaradas ; importa mucho por lo mismo que vuestras sospechas no recaigan por más tiempo sobre todos los servidores del rey ; hablad pronto, si así os place, y sepamos á qué atenernos, á fin de que no se confundan los buenos con los malos.

— Eso es muy fácil, — contestó Loignac.

Todos redoblaron su atención.

— El rey ha recibido hoy aviso de que uno de sus enemigos, precisamente uno de aquellos á quienes debéis combatir, llegaba á París para desafiar su poder y conspirar contra él. Aunque se ha pronunciado secretamente el nombre de este

enemigo, lo ha oído un centinela, es decir, un hombre que hubiera debido considerarse como una pared, y que, como ella, debía haber sido sordo, mudo é inmóvil; sin embargo, éste mismo, apenas se halló en medio de la calle, ha repetido el nombre de ese enemigo del rey con tales fanfarronadas y estrépito, que llamaron la atención de los transeuntes y promovieron una especie de conmoción; yo lo sé, yo, que seguía el mismo camino que ese hombre, y que lo escuché todo con mis propios oídos; yo, que le puse la mano sobre el hombro para impedir que continuara, porque, según las trazas que llevaba, con pocas palabras más habría comprometido tantos intereses sagrados, que me hubiera visto obligado á dejarle en el sitio cosido á puñaladas, si á mi primer aviso no se hubiese quedado mudo.

En aquel momento se vió á Pertinaz de Monterabeau y á Perducas de Pincorney ponerse pálidos y apoyarse uno contra otro medio desfallecidos.

Monterabeau, sin embargo, trató de balbucear algunas palabras de disculpa; pero apenas los dos culpables se delataron con su propia turbación, todas las miradas se fijaron en ellos.

— Nada puede justificarnos, señor, — dijo Loignac á Monterabeau; — si estabais borracho, debéis ser castigado por haber bebido; si obrasteis sólo por jactancia y orgullo, también merecéis castigo.

Á estas palabras sucedió un silencio profundo y terrible. Como recordará el lector, el señor de Loignac anunció al comenzar una severidad que prometía siniestros resultados.

— En su consecuencia, — continuó Loignac, — señor de Monterabeau, y vos también, señor de Pincorney, seréis castigados.

— Perdón, señor, — respondió Pertinaz: — reparad en que venimos de provincia, que somos nuevos en la corte, y que ignoramos el arte de vivir conforme á la política.

— No se debe aceptar el honor de servir á S. M. sin pesar las cargas y obligaciones de ese servicio.

— En lo sucesivo seremos mudos como sepulcros: os lo juramos.

— Todo eso es muy bueno, señores: pero ¿repararéis mañana todo el mal que hoy habéis hecho?

— Procuraremos hacerlo así.

— Imposible, os digo que es imposible.

— Pues bien, perdonadnos por esta vez, señor.

— Vivís, señores, — replicó Loignac sin contestar directamente á la súplica de los dos culpables, — en una manifiesta insubordinación y licencia que quiero reprimir por medio de una estricta disciplina : ¿ lo entendéis bien ? Los que juzguen duro el servicio, que lo dejen ; no faltarán voluntarios que los reemplacen.

Nadie contestó, pero muchas frentes se arrugaron.

Ea, pues, — prosiguió el jefe, — importa mucho que os enteréis bien de esto : la justicia se hará entre nosotros de un modo secreto y expedito, sin pergaminos ni procesos, y los traidores sufrirán en el acto la pena de muerte. Para el efecto hay mil pretextos, y nadie podrá sospechar la menor cosa. Supongamos, por ejemplo, que los señores Montcrabeau y Pincorney, en vez de hablar en la calle de cosas que debieron haber olvidado, se hubieran entretenido en sacar á colación otras de que pudieron acordarse. ¿ Quién ha dicho que una disputa no puede provocar un duelo entre estos señores ? En un duelo sucede muchas veces que sucumben los dos adversarios, y por lo tanto al día siguiente de la disputa pueden encontrarse muertos los caballeros

Pincorney y Monterabrau, del mismo modo que se encontraron los caballeros de Quélus, de Schomberg y de Maugirón : el asunto tendrá todas las apariencias de un duelo, y negocio concluido. Por consiguiente haré matar en desafío ó de otro modo cualquiera al que haga traición á los secretos del rey.

Monterabeau, casi sin aliento, se apoyó en su compañero, cuya palidez aparecía más lívida á la sazón, y cuyos dientes estaban tan apretados, que parecía iban á romperse.

— Para las faltas menos graves, — añadió el señor de Loignac, — reservo menores castigos, como por ejemplo el arresto, que sin privar al rey de un servidor, contendrá á éste en los límites de la subordinación. Lo que es hoy, perdono la vida á los señores de Montcrabeau, que ha hablado, y Pincorney que ha oído sus palabras ; les perdono, repito, porque tal vez han podido engañarse ó ignoraban las reglas de la disciplina, y no les envío arrestados, porque acaso tenga necesidad de sus servicios hoy ó mañana : sin embargo por mi autoridad discrecional les declaro comprendidos en la tercera pena que tengo á bien aplicar á los delincuentes, esta pena es una multa.

A la palabra multa, el señor de Chalabre estiró el hocico como un zorro!

— Señores, — dijo Loignac á los culpables, — habéis recibido mil Libras y devolveréis ciento, cantidad que destino desde luego para recompensar el mérito de los obedientes y subordinados.

— ¡ Cien libras ! — exclamó Pincorney : — ¡ por dios Baco ! ¿ En dónde tengo yo esas cien libras, si he empleado para vestirme hasta el último escudo ?

— Venderéis vuestra cadena de oro, — replicó el señor de Loignac.

— La abandono, — dijo Pincorney, — al servicio de S. M.

— No, señor, el rey no compra las alhajas de sus súbditos para pagar sus multas; vendedla vos mismo y pagad. Ahora voy á añadir dos palabras.

He notado algunos principios de irritación entre los individuos de esta compañía; siempre que se susciten disputas, quiero que se sometan á mi autoridad, y me reservo el derecho de juzgar acerca de la ofensa y de disponer lo necesario para los desafíos, siempre que los crea necesarios. Hoy día es moda matarse en desafíos, y yo me cuido poco de que,

por seguir la moda, se halle mi compañía á cada paso sin plazas suficientes. El primer duelo, la primera provocación que se verifique sin mi noticia, será castigada con rigurosa incomunicación, con multa fuertísima, y con pena mucho más severa si sufriese perjuicio el servicio de S. M.

Aplíquense estas disposiciones todos cuantos deban aplicárselas: retiraos, caballeros.

No, esperad un momento: quince de vosotros estarán esta noche al pie de la escalera de S. M. en el momento de recibir la corte, y á la primera señal se dispersarán en las antecámaras. Otros quince se hallarán en la parte exterior mezclados entre la gente que se acerque al Pálacio, y los otros quince permanecerán armados en el cuartel.

— Caballero, — dijo Sainte-Maliné acercándose á Loignac, — me ocurre una dificultad; todo cuerpo de tropas necesita estar bien mandado. ¿ Cómo nos hemos de gobernar cuando estemos juntos, si no tenemos jefe ?

— ¡ Ira de Dios ! — te gritó Loignac. — ¿ Y yo quién soy ?

— Vos sois nuestro general.

— Os equivocáis, caballero, vuestro general es el duque de Epernon.

— Pues entonces sois nuestro brigadier, lo cual no es bastante, porque ya conocéis que hace falta un subalterno para cada una de las tres escuadras en que nos habéis dividido.

— Eso es muy justo, ya que no puedo dividirme en tres partes; sin embargo, no quiero reconocer entre vosotros más superioridad que la del mérito.

— ¡Oh! en cuanto á eso no tengáis cuidado; ya se dejará conocer por sí solo, y se verán en las obras las diferencias, aunque en conjunto no se noten.

— Nombraré jefes provisionales, — dijo Loignac después de meditar las palabras de Sainte-Maline, — y con la orden del día se os leerán los nombres de los que deban mandar por 24 horas. De este modo todos sabréis mandar y obedecer; pero como no conozco todavía las capacidades que se ocultan entre vosotros, haré la elección definitiva cuando se me manifiesten.

Sainte-Maline hizo el saludo de ordenanza y se volvió á la fila.

— Supongo que me habéis entendido, — dijo

Loignac; — os he dividido en tres escuadras de quince individuos, y ya sabéis vuestros números: la primera en la escalera, la segunda en la parte exterior, y la tercera en el cuartel; esta última casi preparada y con las armas dispuestas, es decir, pronta á marchar al primer aviso. Ahora, caballeros, retiraos.

— Señor de Montrabeau, señor de Pincorney, el pago de vuestras multas para mañana; ya sabéis que soy el tesorero. Id con Dios.

Todos salieron del salón dejando sólo á Ernaudón de Carmainges.

— ¿Deseáis alguna cosa, caballero? — le preguntó Loignac.

— Sí por cierto, — contestó aquel inclinándose; — me parece que habéis olvidado enterarnos de lo que debemos hacer. Pertenecer al servicio del rey proporciona sin duda grandes ventajas, pero yo desearía saber hasta qué punto se extienden los deberes que él mismo impone.

— Eso, caballero, — replicó Loignac, — constituye una pregunta delicada, á la cual me es imposible responder categóricamente.

— ¿Me será permitido preguntaros por qué?

Estas palabras iban dirigidas al señor de Loignac con tanta política y miramientos, que aquel jefe, contra su costumbre, en vano procuraba contestar con severidad.

— Porque yo mismo ignoro por la mañana lo que haré á la noche.

— Caballero, — dijo Carmainges, — os halláis en una posición tan alta respecto á nosotros, que debéis saber muchas cosas que nosotros ignoramos.

— Haced lo que yo he hecho, señor de Carmainges, aprended esas cosas sin que nadie os las enseñe, supuesto que no os lo impido.

— Apelo á vuestras luces, — dijo Ernautón, — porque habiendo llegado á la corte sin odios, ni amistades, y no guiándome pasión alguna, puedo aunque sin valer más, seros más útil que ningún otro.

— ¿Ni amáis ni aborrecéis?

— No por cierto.

— Creo, no obstante, que amáis al rey, ó al menos lo supongo.

— Debo y quiero hacerlo, señor de Loignac, como servidor, como súbdito y como caballero.

— Pues bien, ese es uno de los puntos cardinales que deben guiaros, y si sois hombre

hábil, él os servirá para encontrar el opuesto.

— Muy bien, caballero, — replicó Ernautón inclinándose: — ya me he fijado, y sólo me resta otro punto que me inquieta bastante.

— ¿Cuál?

— El que se refiere á la obediencia pasiva.

— Es la primera condición.

— Lo he oído perfectamente; pero la obediencia pasiva es algunas veces difícil para hombres delicados en materia de honor.

— Eso no me corresponde dilucidarlo, señor de Carmainges.

— Y sin embargo, cuando os desagrada una orden...

— Leo la firma del duque de Eperón, y esto me consuela.

— ¿Y el señor de Eperón?

— Lee la firma de S. M., y se consuela como yo.

— Tenéis razón, caballero; contadme en el número de vuestros servidores.

Ernautón se dirigió á la puerta; pero Loignac le detuvo.

— Acabáis, — le dijo, — de despertar en mí ciertas ideas, y os diré á vos solo cosas que á nadie

diría, porque esos pobres diablos no han tenido la audacia ni la política de hablarme como vos.

Ernautón le saludó.

— Caballero, — añadió Loignac acercándose al joven, — tal vez esta noche vendrá á Palacio algún gran personaje : no le perdáis de vista y seguidle á todas partes cuando salga del Louvre.

— Permitidme una observación ; eso tiene visos de espionaje.

— ¡ De espionaje ! ¿ Lo creéis así ? — repuso friamente Loignac ; — acaso tengáis razón, pero ved...

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un papel y lo presentó á Carmainges ; éste lo desdobló y leyó lo siguiente :

« Mandad que sigan esta noche al señor de Mayenne, si por casualidad se atreve á presentarse en el Louvre. »

— ¿ Firmado ? — preguntó Loignac.

— Firmado, de Epernón, — leyó Carmainges.

— Y bien, ¿ qué decís á esto, caballero ?

— Está bien, — replicó Ernautón saludando respetuosamente ; — yo seguiré al señor de Mayenne.

Y se retiró.

XIV.

Los vecinos de París.

El señor de Mayenne de quien tanto se ocupaban en el Louvre, y que tan lejos estaba de pensarlo, salió del palacio de Guisa por una puerta trasera, y con botas y espuelas, montado á caballo como si acabase de llegar de viaje, se dirigió al Louvre seguido de tres caballeros.

El señor de Epernón, advertido de su venida, mandó que anunciaran al rey su visita.

El señor de Loignac, enterado también por su parte, había mandado dar segundo aviso á los